

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2, 1-5): *Hacia él confluirán todas las naciones.*

Salmo (121, 1b-2.4-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 1-14a): *El día está cerca.*

Evangelio (Mateo 24, 37-44): *Estad también vosotros preparados.*

Comenzamos hablando de sorpresas. Quizás la primera sorpresa sea que hoy comienza un año nuevo. Estamos tan acostumbrados a que el año civil empiece el 1 de enero que no pensamos en que, de hecho, un año puede comenzar en diferentes fechas, según el criterio que usemos para medirlo: Hay un año nuevo civil, sí, pero también un año nuevo de vida, un año más de casados, un nuevo año escolar, un nuevo año en el trabajo que desempeñamos, un año sin la presencia de un ser amado... y también un año nuevo en el tiempo de la Iglesia, un año que esperamos sea de gracia y bendición, un año de crecimiento espiritual y de mayor madurez cristiana.

Cada año trae sus sorpresas, sin duda el que estamos iniciando traerá las suyas: sorpresas personales, familiares y colectivas; sorpresas económicas, artísticas, políticas y también sorpresas religiosas... muchas personas y cosas sorprendentes irrumpen en nuestra vida con una regularidad increíble. La sorpresa de un éxito deseado y la triste sorpresa de una mala noticia.

La lista se puede alargar mucho. Pensemos siquiera un instante en las sorpresas que este año de nuestra vida cristiana que acabamos de concluir nos trajo en nuestra vida personal, en nuestra vida familiar y en nuestra vida parroquial; y, si queremos, podemos ampliar el radio de nuestra mirada. ¡Sorpresas nos da la vida! Con todo, hoy, el Señor nos invita a no dejarnos sorprender de mala manera: *«¡Velad, estad en vela!»*.

Es obvio que no se nos pide desvelarnos o privarnos del sueño necesario. De lo que se habla es de una actitud vital gracias a la cual podemos verdaderamente vivir la vida, no simplemente ver como se la va llevando el tiempo. Los cristianos, desde los primeros tiempos, entendieron el mensaje de Jesús. La presencia del Espíritu del Señor en medio de ellos los ayudó a mantenerse siempre alerta. Quisieron simbolizar esa manera de ver y de vivir con el Señor resucitado, por lo cual crearon el hermoso rito de entregar una vela encendida con la que querían decir: **¡Somos hijos de a luz!** Recordemos que, en nuestro bautismo, se nos entrega un cirio y se nos dice: *“Recibid la luz de Cristo”*, y se nos pide: **¡Enseñad a este niño a caminar como hijo de la luz!**

No es para menos. Nuestras dos fiestas más grandes, la Pascua y la Navidad, se celebran en medio de la noche. Pero es una noche luminosa e iluminada. Una noche que no nos sorprende dormidos, pues hemos aprendido a velar, a vigilar, sabiendo que el Dios de las sorpresas llega en el momento menos esperado.

Comenzamos el Adviento. Es una nueva oportunidad para llenarnos de alegría y de esperanza, para vivir como servidores esperanzados; porque Jesús va a nacer entre nosotros, y se queda para siempre en la vida de los suyos, y marcharemos por sus sendas. Es tiempo de espera, de vigilancia, de cambio de vida, y de vivir ya más abiertos a los demás, a la comunidad. Porque la vida de los testigos de Jesús ha de tener un fundamento: el amor a Dios que es entrega a los hermanos.

La Palabra de Dios que hoy recibimos nos muestra bien cuáles son las claves que hay que tener en cuenta en este tiempo. Esperamos que se haga realidad la promesa del Padre Dios de enviarnos a su Hijo Jesús. Pero no es esta una espera aislada, que hacemos en solitario: es una espera junto a los demás, en comunidad. Dios viene, y viene para siempre, pero para todos sus hijos del mundo entero. Recibimos una Salvación como familia, como pueblo, nunca para nosotros solos. Estamos llamados a vivir en esperanza y sirviendo a los hermanos.

Hay que estar bien atentos, en vela, y darnos cuenta del momento en que vivimos. Nada de renegar una y otra vez de todo lo que vivimos y sucede. Nada de criticar todo y no hacer nada para que algo cambie y sea mejor. Si creemos que Dios está en la vida, también *“en esta que ahora vivimos”* hay que descubrirlo: en los logros humanos, en las dificultades, en las conquistas de bien y de paz, incluso en la violencia y el desamor.

Y fijaos que acciones –en común, junto a los demás– nos va mostrando la Palabra. Hay que vestirse de Jesús (ser como Él en la vida) para ir a su casa; con firmeza y decisión, haciendo pueblos numerosos, para celebrar el Nombre del Señor. Y caminar, conducirnos como si siempre fuera de día, con la verdad y la luz. Vestidos de Jesús, con su Luz, para recibir la Luz. Porque la Salvación de Dios está cerca.

Lo que es visión de Isaías se va a hacer realidad, la Promesa se cumple. La Salvación está bien cerca, a la puerta. Y esto hay que acogerlo y meterlo bien dentro de nuestra vida. No podemos distraernos con ruido, ni con falsas promesas. Y con Jesús entre nosotros todo será ya distinto: de las espadas y armas de muerte se forjarán arados, y de las lanzas podaderas. En medio de esta vida sin esperanza, de la falta de testimonio y de vivencia cristiana, seremos testigos de Aquel que nos nace, que se nos da como Hijo y Hermano.

Este nuevo año de la Iglesia traerá muchas sorpresas, sin duda alguna, y por eso hemos sido invitados a mantenernos alerta, a vigilar y estar preparados, a caminar en la luz. Hermanos: Feliz camino hasta la Luz. Feliz espera de Dios con nosotros. **¡Feliz Adviento!**